

El jóven se enjugó las lágrimas, y sin decir una sola palabra salió tristemente de la estancia.

Solo Dios podia volver la razon á la pobre mujer que la habia perdido á fuerza de sufrimientos.

Y sin embargo, D. Lope esperaba aquel milagro, y no pensaba mas que en castigar el crimen de D^a Inés, á quien creia culpable de todo.

XI.

En donde vuelven á encontrarse Luis y la Apipiza, y tienen relaciones con Fray Anjelo.

A Apipiza no entraba en el número de las personas denunciadas al Santo Oficio como judaisantes; y no tardó mucho en salir de la prision lo mismo que los demas criados de D^a Inés

El dia en que la Apipiza consiguió su libertad, la primera idea fué averiguar qué habia sido del Señorito, á quien consideraba como su único protector, y con tal objeto se encaminó á la casa de éste.

El Señorito estaba ya preso; pero esto, como era natural, no se sabia en toda la ciudad; porque el estado en que la ronda le habia encontrado no le dejó decir ni su nombre.

D. Guillen de Pereyra habitaba una casa, en la que no se echaba de menos ninguna de las comodidades que tenían los hombres adinerados de aquellos tiempos, y la ausencia por algunos dias del amo de la casa, aun no habia introducido variedad notable en ella.

La Apipiza llegó al portal de la casa y se informó con

uno de los criados; pero no pudo obtener noticia alguna. D. Guillen, por razon de sus costumbres, de sus relaciones y de su vida, habia enseñado á todos sus sirvientes á no dar nunca noticias acerca de su persona.

La Apipizca se retiró resuelta á volver en busca del Señorito mas tarde.

Salió á la calle, y en la acera de en frente observó un hombre cuyo rostro no le pareció desconocido, se acercó mas, el hombre se sonrió con ella, y entonces pudo reconocer á Luis.

—Marta—dijo este alegremente—cuánto me alegro de verte en libertad: ¿qué ha pasado con nuestra pobre ama?

—Lo ignoro, pero creo que seguirá en cautiverio por muchos dias si es que á salir llega.

—¿Y tú cómo has salido? por qué?

—Lo ignoro, me llevaron hasta la puerta de las cárceles, y me dijeron: “puedes irte, estás libre;” y me fuí.

—¿Cuándo pasó eso?

—Hoy en la mañana.

—¿Y venias en busca del Sr. D. Guillen?

—Es mi único protector ahora.

—¿Le encontraste?

—No.

—Es muy extraño, muy extraño.

—Qué hay, ¿que te parece extraño?

—Oyeme Marta—dijo Luis despues de un momento de reflexion—¿eres *mujer de pecho*?

—Sí que lo soy—contestó la Apipizca con resolucion.

—¿Capaz de guardar un gran secreto y de ayudarme en una grande empresa que tengo entre manos?

—De todo eso soy capaz.

—Bueno, pues óyeme—¿Sabias tú que D^a Inés tenia á una dama emparedada en la casa?

—¿Emparedada? no: ¿y en qué parte de la casa? ¿y por qué?

—El por qué yo mismo no sabré darte razon, pero ella estaba en una bodega.

—Cuéntame, cuéntame.

—Voy á contarte pero cuidado: si algo se llega á saber sé que eres tú la que haces la denuncia, y yo.... te mato; te mato Marta, y te lo juro por el santo de mi nombre.

—Nada de amenazas, que ni las necesito, ni me espantan.

—No te amenazo, Marta, te advierto nada mas; pues escucha: D^a Inés trajo á esa dama no sé de dónde, y la hizo emparedar, encargándome que le llevara todos los dias su alimento; pan y agua.

—Pobrecita! cómo no lo supe, siquiera para ir á consolarla!....

—Buena era esa: ¿qué consuelo? si estaba loca.

—¿Loca? ¿entonces para qué.....?

—Es decir, se volvió loca al verse emparedada.

—Con razon.

—D. Guillen acompañó á D^a Inés en todo el negocio, y luego se supo que D^a Inés casaba con D. Guillen.

—¿Entonces fué?

—Sí, por aquí vá otra cosa mejor: el ama me confesó que ella se casaba con D. Guillen por miedo de que como sabia la historia ¿entiendes?

—Sí, bien.

—Yo dije: primero mis dientes, y le cante el amor á D^a Inés y le propuse que se casara conmigo.

—¿Tú!

—Sí, y ella condescendió, y por eso despidió á D. Guillen

—Vamos ¿pero tú tienes sin duda *chupamirto* ó polvos de enhechizar?

—No tanto; pero sí secretos de D^a Inés que *cantar* si me decia que no.

—Te luciste.

—Pasó lo que sabes: os llevaron á todos á la Inquisicion, de la que me escapé por la casualidad de no haber estado en la casa; ahora llega el misterio; creo que la denuncia la hizo D. Guillen *de picado* porque le habian despedido.

—Puede.

—La casa quedó sola y cerrada, y como nada se sacaron, yo rondaba para ver si habia por donde entrar, porque adentro estaba el dinero, *y si se lo han de llevar los moros que lo lleven los cristianos*, dije: y me puse en acecho, cuando hé aquí que veo una noche luces por dentro, me recato, y veo salir á un hombre, que nadie me quita de la cabeza que era D. Guillen, con otros dos, y que se sacaron á la loca.

—Vaya un misterio!

—Al dia siguiente vine á rondar esta casa por ver si podia colarme adentro y averiguar algo; pero lo extraño es que el tal D. Guillen para nada ha vuelto á aportar por aquí: ¿qué te parece de esto?

—Estoy pensando que quizá el Señorito.....

—¿Qué Señorito?

—Digo: D. Guillen estaba enamorado de esa dama loca?.....

—Es fácil, porque era muy bella, ó tal vez seria su mujer y le estorbaba para casarse con D^a Inés.

—No era casado.

—¿Cómo vas á saber?

—Muy bien, y ya que tú me cuentas esa historia, yo te contaré otras cosas curiosas....

Y la Apipizca refirió á Luis cuanto sabia del Señorito, sin ocultarle ni el plan de robar al marqués.

Luis la escuchó con atencion hasta el fin.

—Valiente pícaro es el tal D. Guillen; pero nadie sabe para quién trabaja: oye mi plan, vamos á ser muy ricos; ante todo, hasta hoy nada han sacado de la casa del marqués, y yo sé á dónde está el dinero escondido; entraremos por él como se pueda, y luego por lástima averiguamos qué hizo D. Guillen ó el Señorito, como tú le llamas con la loca; damos el soplo á la justicia y se acabó el único que pueda perseguirnos ya.

—Yo creo que antes debemos buscar al Señorito y dar el soplo, porque no haga el diablo que nos estorbe el plan.

—Así lo creia yo; pero sabiendo tus relaciones con D. Guillen, no quise proponértelo, porque creo que lo quieres....

—Lo queria, pero ya no; se ha cansado de que yo le sirva de todo, y me enredó en el negocio de D^a Inés, y por eso fuí á dar á la Inquisicion, de donde escapé por milagro: ya que iba á denunciar, me debia de haber dicho si quiera, sálvate ó cuídate.

—Es un infame!

—Sí lo es: con que primero es dar con él y quitárnosle de encima.

—¿Pero quién nos dará razon?

—Yo sé: unos amigos que viven en Tlaltelolco: ¿vamos allá?

—Vamos, pero sin perder tiempo.

Luis y la Apipizca se dirijieron á Tlaltelolco, y llegaron á la casa del Camaleon.

Como estaba tan reciente la aventura, al entrar á la casa

se encontraron con muchos desconocidos hombres y mujeres; eran vecinos que iban allí, atraídos por el deseo de conocer el lugar en que había acontecido tantas catástrofes, y tanto mayor era este deseo, cuanto que aquella casa tenía una fama negra en todos los alrededores.

Los que allí andaban, tomaron á Luis y á Marta por curiosos, y no faltó á poco quien les contara una gran historia de lo ocurrido; inventando por supuesto mil fantásticos pormenores, y asegurando que á la cárcel habían pasado su domicilio los dueños honrados de aquella casa.

Marta y Luis se hicieron de las nuevas.

—No sé por qué me parece que esto que ha pasado aquí tiene alguna relación con la historia de D^a Inés—dijo la Apipizca.

—Necesario se hace ir á la cárcel á ver si puedes hablar con tus conocidos; esto es si tienes bastante confianza de ellos.

—Como de mí misma.

—Pues iremos.

—No, hasta la tarde es mejor; por ahora vamos á descansar y á comer.

—Vamos á donde quieras; te acompañaré, porque no debemos ya separarnos hasta ser ricos, y eso si á tí te parece....

—Ya veremos entonces.

Marta y Luis se entraron á un pequeño y sucio figon, en donde comieron y se entretuvieron hasta la tarde.

A las cinco se dirijieron á la cárcel con ánimo de buscar al Camaleon; pero llegando allí les ocurrió una dificultad que no dejaba de ser grave y en la que no habían pensado.

Marta no conocía á su amigo mas que bajo el nombre de

el Camaleon; y preguntar por el Camaleon, era una necesidad; quizá él no sería conocido con aquel nombre por la justicia: esto mismo le impedía finjirse de la familia de él, porque nadie se lo hubiera creído ignorando su nombre.

Por otra parte, preguntar solo por señas y por lo ocurrido en Tlaltelolco, era esponerse á las sospechas de los golillas, y caer quizá en un lazo.

Vacilaron, pues, y no se atrevieron á entrar ni á preguntar absolutamente nada, sino que resolvieron esperar una oportunidad, encontrar allí un amigo, ó ver un rostro que no les inspirase desconfianza.

En esa expectativa permanecieron algun tiempo, hasta que Marta dijo á Luis:

—Mira á aquel padre que habla, despidiéndose del alcaide.

—Ya le veo.

—Pues á ese seria bien preguntarle; tiene buena cara.

—¡Pero cómo le pregunto? mejor tú: al fin como mujer!

—Mejor los dos, por si uno se ataranta....

—Esto es....

En este momento, del interior de la cárcel salía un fraile, que no era otro que Fray Anjelo.

—Dispense su merced, señor—dijo Marta.

—Qué quieres, hija?—contestó Fray Anjelo.

—Quisiéramos pedir á su merced un favor.

—Habla.

—Pero no aquí, si su merced lo permite.

—Pues á dónde?

—Allá á fuera.

—Vamos á fuera.

Y Fray Anjelo, seguido de Luis y de Marta, salió á la calle.

Caminaron un poco y se detuvieron cerca de una esquina, á donde le pareció á la Apipizca mas á propósito para hablar con Fray Anjelo.

La jente pasaba, pero no paraba la atencion en ellos, porque en aquel tiempo nada de lo que hacian los clérigos era mal visto, por mas que lo pareciera.

La Apipizca verdaderamente no sabia por dónde comenzar; pero Fray Anjelo le inspiraba confianza y se resolvió á hablar.

XII.

De lo que hablaron Fray Anjelo y Marta, y de lo que resultó de esta conversacion.

—SEÑOR, dispénsese vuesa merced—dijo Marta—pero es el caso que nosotros andamos aquí en busca de un pariente nuestro, que dicen que está en la cárcel; y como no conocemos á nadie, y tenemos miedo á la jente de justicia, queremos ver si su merced, que de adentro sale, podrá darnos razon de él.

—Difícil será—contestó Fray Anjelo—porque casi á nadie conozco; que llego solo al calabozo en que está el señor marqués de San Vicente; pero digan cómo se llama ese hombre, por si le he oido mentar, ó por si acaso puedo averiguar algo cuando vuelva á entrar.

—Conocíanle y mentábanle solo con el apodo de el Camaleon.

—Pues así menos sé quién es.

—Dígame su merced, unos hombres que hicieron presos por Tlaltelolco.

—Entre ellos está?

—Sí.

—Pues tres son, ó por mejor decir eran, que el uno murió, y los otros dos están moribundos.

—¡Ave María!

—Quizá por el que preguntais esté vivo, aunque solo el nombre de uno conozco, el que iba á ser allí la víctima; dicen llamarse Guillen de Pereyra, hombre acomodado.

—D. Guillen de Pereyra!

—El mismo; que dice el médico que puede conseguir la salud.

—Y está preso?

—Sí; pero hoy tal vez será puesto en libertad, porque nada hay contra él.

Marta calló y miró á Luis.

—Señor—dijo éste—¿sabe vuesa merced de una dama que robaron en la ciudad, y nunca mas se supo de ella?

—He oido decir.....

—Pues señor: esa dama fué robada por ese D. Guillen, y la emparedó....

—¿Es posible?

—Sí señor, lo juro por Dios; la dama se volvió loca, y entónces D. Guillen la sacó y quién sabe qué habrá hecho de ella.

—¿Pero esa dama quién era? ¿cómo se llamaba?

—No lo supe; en su delirio, hablaba siempre de un D. José de Mallades y de un Valenzuela.

—Mallades! Valenzuela!

—Sí señor; solía mentar á un padre.....

—Nitardo?....

—Eso es, eso es, y decia siempre, como cantando unos versos que empezaban: surcando mares negros....

—Oh! los versos que nos envió D. Fernando cuando es-

tuvo en Acapulco..... no hay duda, esa dama es D^a Laura.....

—No sé; solo aseguro á su merced que llevaba tocas negras....

—La misma, la misma, ¿y porqué no avisas á la justicia....?

—Porque me querrian hacer cómplice, y no quiero yo tener que ver con esa señora justicia.

—Pero esa pobre dama ¿qué habrá sido de ella?

—El debe decirlo....

—Avisa á la justicia.

—Avisa su merced que ya lo sabe, y que no tendrá que sufrir nada; nosotros somos pobres, y nos prenden luego....

—Es decir, me dais licencia para que cuente yo esto á ver qué remedio se pone....

—No solo doy licencia, sino que se lo ruego á su merced que lo haga, para descanso de mi conciencia.

—Pues sí lo haré, lo haré: ¿y en dónde estaba emparedada esa mujer?

—Eso ya no importa porque ya la sacaron de allí; ahora se necesita saber á dónde está.

—¿Cómo os llamais?

—No lo dirémos, que ya lo bastante sabe vuesa merced, dijo la Apipizca.

Y sin esperar mas, Marta y Luis dieron la vuelta y echaron á andar, volteando la esquina y perdiéndose antes de que Fray Anjelo volviera en sí de su asombro.

—Comprometido lance es este—dijo para sí Fray Anjelo—denunciar este crimen que puede costar la vida á un hombre me es prohibido; dejar perecer á esa dama, seria un pecado pudiéndolo yo impedir.... ¿qué haré?... ¿qué haré?

Y sin moverse del lugar en que le habían dejado Luis y la Apipizca, inclinó la cabeza y se puso á reflexionar, sin cuidarse de la jente que le miraba con estrañeza al pasar.

De repente se dió una palmada en la frente esclamando.

—¡Muy bueno! ¡muy bueno!.... de este modo consigo.....

Y volvió á entrar precipitadamente á la cárcel.

Como Fray Anjelo iba todos los dias á visitar al marqués de San Vicente, la mayor parte de los empleados de la cárcel le conocian, y le apreciaban por su virtud.

Fray Anjelo, fiado en esto se dirigió inmediatamente á ver al alcaide.

—¿Qué ordena su merced, padre?—dijo este.

—Podria yo visitar á D. Guillen.....?

—No hay inconveniente, porque ya no está en calidad de preso y muy pronto debe irse para su casa, en cuanto el médico diga que ya puede.....

—Pues vamos.

El alcaide guió á Fray Anjelo hasta el aposento en que estaba el Señorito.

D. Guillen se quejaba de una manera bien triste: casi todo su cuerpo era una llaga, y las medicinas que se le aplicaban no calmaban sus intensos dolores; el médico temia por su vida.

Al ver que llegaba Fray Anjelo, el Señorito se estremeció, y dijo dirijiéndose á uno de los que estaban á su lado:

—¿Estoy de muerte? ¿y me van ya á confesar?

Los que le asistian no supieron qué contestar, y se miraron entre sí, pero Fray Anjelo se adelantó.

—No tema vuesa merced, vengo solo á consolarle! yo soy el sacerdote que fué llevado para que le confesara la noche.....

—¡Ah señor!—esclamó incorporándose un poco D. Guillen—debo á vuesa merced la vida: ¡oh! me hubieran matado de un modo horrible. ¡Perdóneme vuesa merced que no le hubiera conocido! que es mi padre, mi salvador.

Y D. Guillen tomaba la mano del fraile y la besaba con efusion.

—Vamos, calma—decia Fray Anjelo—calma, que el estado de vuesa merced no es para emociones violentas: vengo á hablarle á solas.....

D. Guillen hizo una señal y todos salieron dejándole con Fray Anjelo.

—Ya estamos solos—dijo el Señorito entre los quejidos que le arrancaban sus dolores.

—Si tan agradecido me está vuesa merced, quiero que me diga una cosa, en la intelijencia que la reservaré como si me la confiara bajo el sijilo sacramental.

—Estoy dispuesto á contestar.

—Se trata de una dama.

—¿De una dama?

—Sí, emparedada por vuesa merced.

El Señorito se estremeció en su lecho, y miró asombrado á Fray Anjelo.

—La verdad—dijo éste—la verdad; el arrepentimiento logra el perdon ante Dios, y yo nada diré á la justicia; quiero salvar á esa mujer y libertar la conciencia de vuesa merced de ese crimen; eso es si vuesa merced quiere que esto no es confesion, sino en cuanto al sijilo que ofrezco.

—Sí padre, diré, diré, porque este es un peso que oprime

mi corazón; no he sido yo culpable de ese crimen, aunque fui cómplice; otro es el autor de él, que no le denunciaré; pero esa dama está emparedada en la casa del marqués de Rio-florido....

—Dios mío! ¿a caso su hija D^a Inés?....

—Padre, nada diré de un secreto que no es mío; pero la emparedada está allí y es preciso salvarla: me arrepiento! me arrepiento!.....

—Entonces voy inmediatamente á la casa.

—Y no entrará vuesa merced, porque D^a Inés ha sido aprehendida por el Santo Oficio, y la casa está cerrada y selladas las puertas.

—Pero dicen que vuesa merced la sacó de allí y que estaba loca.

—Loca estaba; pero no la he sacado, lo juro por mi salvación, y mas valiera, porque quizá habrá muerto de hambre la desgraciada.

—Jesus nos asista! ¿qué haremos?

—Mire vuesa merced lo que hace para salvarla; pero pronto, porque si no ha muerto, morirá de hambre.

—¿Con que decís qué está?....

—En la casa del marqués de Rio-florido, en una bodega que hay en el gran patio que sirve de embarcadero: la puerta de la bodega está cubierta con leña; por Dios, padre, no cargue sobre mí este crimen mas.

—¿Pero á quién veré para esto?

—Conozco una persona que puede servir á vuesa merced.

—¿Quién es ella?

—D. Gonzalo de Casaus, comisario del Santo Oficio.

—Le conozco y corro en su busca; volveré, adios!

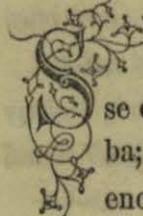
Y Fray Anjelo salió corriendo de la cárcel.

Marta y Luis se resolvieron á no perder el tiempo, y como estaban seguros de que las pesquisas respecto al paradero de D^a Laura se dirigirían por otra parte, puesto que ya sabían que la dama no estaba en la casa del marqués, se arreglaron para entrar aquella misma noche á esa casa para sacar de ella lo que mejor les conviniera.

Luis se provió de una ganzúa y Marta de un farol.

XIII.

De cómo Fray Anjelo no encontró á D^a Laura como pensaba, y de lo que hicieron Luis y Marta.

 EN perder un instante, Fray Anjelo se dirigió á la casa de D. Gonzalo de Casaus, para informarse del extraño acontecimiento que de saber acababa; pero fué vana su diligencia, porque no le pudo encontrar.

Entonces su afliccion llegó al colmo, y se figuró que D^a Laura espiraba de hambre.

Comenzó á averiguar en dónde podia encontrarle, y le dijeron que por encargo del Santo Oficio y en desempeño de una comision habia ido á la calle de la Merced.

—Hace ya mucho tiempo?—preguntó Fray Anjelo.

—No—le respondió el que la noticia le habia dado.

Y Fray Anjelo echó á caminar apresuradamente para la calle de la Merced, seguro de que D. Gonzalo de Casaus iba á la casa del marqués de Rio-florido, y que la cosa no podia estar mejor para él.

Ya cerca de la casa del marqués alcanzó á ver un grupo de personas, que por su aspecto parecian jentes de justicia.

Fray Anjelo apretó el paso y les alcanzó; miró á todos con cuidado y no encontró entre ellos á D. Gonzalo.

—Puede que esté ya en la casa—pensó,—y siguió hasta la puerta; pero aun la encontró cerrada.

—No debe tardar—reflexionó.

En esto, los hombres llegaron á la casa, y uno de ellos, que parecia el jefe, sacó un manojito de llaves y comenzó á probar algunas en la cerradura.

Entonces Fray Anjelo creyó que era tiempo de hablar.

—Dispéñeme vuesa merced, señor comisario—preguntó —no vendrá por acá mi Sr. D. Gonzalo de Casaus?

—No padre—contestó ceremoniosamente el comisario.

—Entonces, dispense vuesa merced la impertinencia: ¿vuesa merced va á entrar á la casa en nombre del Santo Oficio?

—Sí.

—Pues tengo antes que hacer una revelacion á vuesa merced.

El comisario dejó la llave pegada á la puerta y se apartó con Fray Anjelo.

Comenzaba ya á oscurecer, y Fray Anjelo habló tan largo tiempo con el comisario, que la noche cerró completamente.

—Entonces, ante todo, preciso es buscar á esa dama y salvarla—dijo el comisario.

—Indudablemente, y las señales que para encontrarla he dado á vuesa merced, son infalibles.

—Pues vamos.

El comisario hizo encender unos faroles que llevaba á prevencion, y abrió la puerta.

Entró Fray Anjelo con todos los familiares y se cerró la casa por dentro.

Antes de que toda otra diligencia, Fray Anjelo se encaminó seguido del comisario, en busca del gran patio que le habia indicado D. Guillen y tardaron poco en encontrarle.

Comenzaron á buscar detrás de todas las pilas de leña.

Imposible era que la puerta se escapara de la astuta sagacidad de los familiares y uno de ellos la descubrió y avisó á Fray Anjelo: este llamó al comisario, y en un instante todos estaban reunidos en la galera en que habia estado emparedada D^a Laura.

—Aquí debe ser—dijo Fray Anjelo.

—Rejistraremos—dijo el comisario, y casi en el momento agregó—¡aquí!

Llegóse Fray Anjelo y todos se detuvieron ante el lugar de donde habia sido sacada la dama.

—Aquí estuvo en efecto—dijo el comisario—todas las señales lo comprueban, pero ha sido sacada de aquí recientemente.

—Sí, contestó Fray Anjelo, la han sacado á esa desgraciada, pero la prueba es innegable.

—Innegable—repitió el comisario—¿pero quién la habrá sacado de aquí?

—Alguien que ha entrado—dijo Fray Anjelo.

—¿Pero por dónde? la casa está cerrada y selladas las puertas con los sellos del Santo Oficio.

—Sin embargo, álguien ha entrado aquí: mire vuesa merced en la tierra humeda señales de pisadas de un hombre.

—¡Una bujía de cera!—dijo un familiar levantando la que D. Lope habia dejado caer cuando reconoció á D^a Laura.

—Aquí se han burlado del Santo Oficio.

—¿Pero por dónde? ¿habrán entrado?

—Ahora se averiguará en el registro de la casa. Vámonos de aquí, que nada se hace ya.

Y diciendo esto, el comisario salió de la bodega, comenzó á deslizarse por el callejoncillo que habia detrás de la leña; pero al llegar al patio se detuvo repentinamente.

—¿Qué hay?—preguntó Fray Anjelo que le seguia, y que por eso no podia aun salir.

—He oido rumor en aquella puerta—contestó el comisario mostrando la que caia por el canal.

—En efecto.

—Decid que se oculten todos en la bodega con las luces y que guardan el mayor silencio, hasta que yo les mande salir; aquí vamos á descubrir el misterio.

Fray Anjelo comunicó la orden del comisario á los familiares; todos volvieron á entrar á la galera, cerrando las puertas, y el comisario oculto tras de la leña quedó en silencio, observando lo que pasaba en la puerta que caia al canal.

Se escuchaba en ella un ruido como si trataran de forzar la cerradura ó abrir con una llave que no era la de la chapa.

Aquel ruido duró algun tiempo, hasta que por fin, se oyó crujir el pasador que cedia, y poco á poco los batientes fueron separándose hasta dar paso á un hombre, despues del cual entró una mujer.

Aunque la noche no estaba muy clara, á la distancia en que se encontraba el comisario del Santo Oficio, pudo muy bien distinguir todo esto, lo mismo que Fray Anjelo que detrás de él miraba con ojos asombrados.

El hombre y la mujer volvieron á cerrar, y pusieron una vigueta para impedir que se pudiera abrir; despues encen-

dieron un farolillo, y sin detenerse se dirigieron al interior de la casa, pasando cerca del lugar en que estaban escondidos el comisario, Fray Anjelo y los familiares.

—Mira—dijo el hombre á la mujer, creyendo que nadie los escuchaba y en voz alta—detrás de esa leña está la bodega de la emparedada.

—Vamos á ver—contestó la mujer.

—¿Para qué? perdemos el tiempo;—ya sabes que no está.

—Ahora nos toca salir—dijo el comisario cuando la luz del farol que llevaban el hombre y la mujer se perdió en el interior de la casa—esta es la llave de todo el misterio.

Llamó á los familiares, y se puso en seguimiento de los misteriosos visitantes.

—Marta—decía el hombre—la fortuna nos protege, nada absolutamente se ha variado en la casa, todo está como el día en que salimos.

—Pero óyeme Luis—contestaba la mujer—yo no tengo miedo á nada, y sin embargo, me da pavor andar sola de noche aquí en donde hubo tantas muertes.

—Tonta, los muertos no vuelven.

—¿Pues no hay almas *en pena*?

—Yo no he visto ninguna, y hasta que no lo vea no lo creo.

—Vaya, llegamos al aposento de D^a Inés; ¡ojalá que no se hayan sacado de aquí una caja!..... no.... aquí está, mira.

—Pero tiene el sello del Santo Oficio.

—Se lo quitamos.

—Tengo miedo..... mucho miedo.....

—¿Pero á qué le tienes miedo?

—No sé.... al alma del marqués.... á los muertos.... de pensar que estamos solos en esta casa tan oscura.... se me figura que se me aparecen..... á cada momento creo oír ruido.... siento como que me soplan en la espalda.

—Anda, ayúdame, y deja de tonteras—contestó Luis rompiendo con la punta de su daga el sello de la Inquisición.

—¡Jesus!—esclamó de repente Marta.

—¿Qué te sucede....?

—He oído un rumor en el pasillo.

—Aprensiones, miedo.

—No, escucha, escucha—contestó Marta con un temblor convulsivo, y acercándose á Luis como para buscar amparo.

—Vamos, déjame trabajar—contestó Luis, tratando de romper la cerradura del cofre.

—¡Oye, oye!—decía la muchacha con angustia.

Luis se enderezó un poco y escuchó. En efecto, se oía un ligero rumor por fuera del aposento; pero á poco cesó.

—Será el viento—dijo con desdén, y volvió á su trabajo.

—¡Luis!—gritó con angustia la Apipizca arrojándose como para abrazar á su compañero: esa puerta se abre.

—En efecto, se abre—dijo Luis perdiendo su sangre fría, porque la puerta del aposento en que estaban se iba abriendo poco á poco, y se veía en ella una mano que la empujaba.

Ni Marta ni Luis creyeron ya que aquello era una cosa natural. Su imaginación exaltada por el lugar en que estaban, por los recuerdos que tenían y por la hora que era, su conciencia intranquila, y sobre todo, la seguridad de que

ningun sér humano mas que ellos habia en la casa, les hizo creer que aquello era aparicion de un muerto.

La Apipiza lanzó un grito de agonía y se desmayó dejando caer el farol que se estinguíó.

Luis dejó caer tambien el puñal y se santiguó temblando como una mujer.

La educacion que ellos habian recibido, les hacia mas á propósito para recibir una impresion semejante, porque entonces á los niños no se les contaban mas que consejas con el nombre de *ejemplos*, en los que siempre habia aparecidos y almas en pena, y no se les decia mas para hacerles callar, que *allí viene el muerto! te coje el muerto!* y cosas por el estilo, y estas preocupaciones de la niñez no se quitaban fácilmente.

Luis sintió que álguien entraba en el aposento, y creyó firmemente que era un muerto.

Entonces hizo un esfuerzo supremo, reunió todo el valor que le quedaba, y tomando una entonacion grave, pronunció con acento de exorcista aquella solemne frase que habia oido decir que se usaba de rigor en casos semejantes, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—*De parte de Dios te digo, que me digas si eres de esta vida ó de la otra.*

—Dése preso á la Inquisicion—contestó una voz en el aposento, á tiempo que se iluminó todo por la llegada de algunos familiares con faroles.

Quizá Luis hubiera preferido que aquellos hubieran sido muertos, porque los muertos le hubieran exigido cuando mas, segun las costumbres de las *almas en pena* de aquellos tiempos, algunas misas, algunas limosnas y algunas oraciones, y le habrian dicho quizá á dónde habia dinero en-

terrado; pero hombres de carne hueso y ademas familiares del Santo Oficio, de seguro que no se habian de contentar con tan poca cosa.

Así sucedió: Luis no supo ni qué contestar, y antes que volviera en sí de su asombro, y antes de que tuviera tiempo de reflexionar estaba ya maniatado.

La Apipiza creyó volverse loca, cuando al salir de su desmayo se encontró rodeada de los familiares, á quienes conocia perfectamente, porque hacia apenas veinticuatro horas que aun estaba en su poder.

Se dió fé de que los sellos del Santo Oficio estaban rotos, y este era el mas grave de los delitos de Luis, y el que menos podia negar.

El comisario escribió su informe ó cabeza de proceso, y cuatro familiares se llevaron á los culpables para las cárceles secretas del Santo Oficio.

De seguro que Marta no creia volver á andar tan pronto aquel camino.